

INTERVENCIÓN
de
CARLOS COLÓN PERALES

HUMANISMO Y TOROS

Recogiendo la idea que va circulando referente al título de esta sesión, yo agradecería que se vincularan las palabras *Humanismo y toros*, en vez de cultura y toros. A partir de este punto voy a comenzar, porque creo que define una dirección.

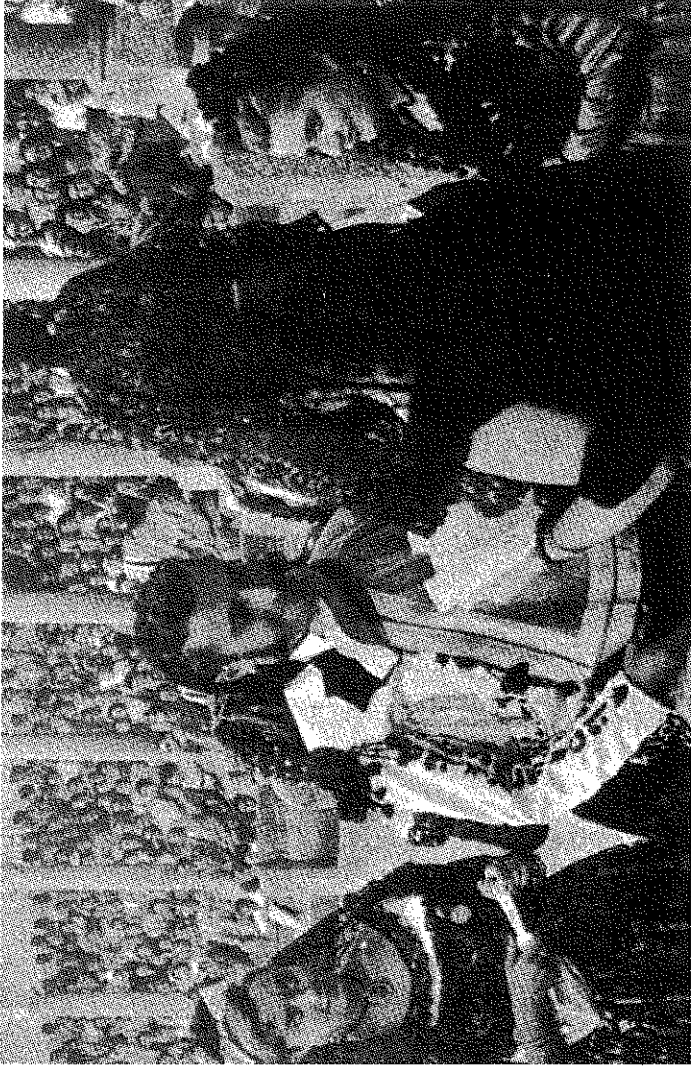
En mi opinión, el Humanismo es un bien positivo, y en cambio, no hago personalmente una valoración positiva de la palabra cultura, al menos de forma automática. Solemos –creo que todos– cometer un error de soberbia intelectual, que es el de justificar el espectáculo taurino, cuando es preciso, por el hecho de que guste, ha gustado y gustará a personas relevantes del mundo cultural, ya sean artistas, escritores, intelectuales... Éste, es un argumento tramposo. Sentimos contentos o justificados porque le gustaron los toros a Hemingway, a Lorca, y le gusten actualmente a muchos intelectuales, profesores de Universidad, etc., es una arbitrariedad más. Heidegger no justifica el nacionalsocialismo aunque fuera nacionalsocialista, y en cambio fue el mayor pensador del siglo XX. Igualmente, Marinetti no justifica el fascismo italiano y fue fascista. En la misma línea, puede decirse que el *Llanto por Ignacio Sánchez-Mejías*, tan absolutamente maravilloso, no puede ser una obra que justifique culturalmente al toreo, como el poema de Neruda a Stalin no lo hace al stalinismo, por muy bien escrito que esté. Por lo tanto, el “también” que añade a los intelectuales como justificación, ennoblecimiento y puesta en

situación de la fiesta de los toros, me parece absolutamente superfluo.

Cultura, en mi opinión, ni siquiera en su sentido más antropológico y abarcador tiene la más mínima connotación. Significa tan sólo el conjunto de prácticas que se dan dentro de una sociedad, desde la antropofagia hasta lo que se quiera añadir. Como decía antes, tampoco en su sentido restringido-reflexivo puede justificar nada, y pongo como ejemplo de nuevo el caso de Heidegger.

Sin embargo, si damos un giro a la palabra "cultura" y tomamos su sentido kierkegaardiano, es éste el único positivo que encuentro; el camino que conduce al hombre a su autodescubrimiento, girando así al Humanismo. Deja de tener el sentido elitista-reflexivo, porque la senda que conduce al hombre a descubrirse a sí mismo, no pasa necesariamente por la alta cultura, ni tiene un sentido abarcador de la totalidad de prácticas que se dan en torno a una sociedad. Sí tiene, en cambio, otras connotaciones que lo aproximan en mayor medida al Humanismo que al concepto de cultura elitista y restringido. El siglo XX encierra una gran lección en lo que a ello se refiere: La nación de mayor tradición cultural, académica, musical, teatral, cinematográfica y pictórica de Europa, durante este siglo, fue la que incubó el huevo de la serpiente del nacionalsocialismo. Luego parece bastante claro que la cultura no protege de nada, ni ennoblece, ni es una palabra connotada *a priori*. Dicho esto, encuentro totalmente innecesaria, la justificación de los toros a partir de su aprecio por parte de personalidades de la cultura. Éste, es el primer punto que quería, no afirmar, sino ofrecer como posible objeto de discusión.

En segundo lugar, y a partir de ahí, entiendo que los toros forman parte de la cultura popular secuestrada o reprimida por la tradición ilustrada. Naturalmente, y poniéndolo en relación con una magnífica intervención anterior, me estoy refiriendo al toreo a pie tal y como se entiende a partir del siglo XVIII. La tan antigua discusión entre taurófilos y taurófobos, debe enmarcarse perfectamente, aunque tenga sus propias características, dentro de otra gran discusión que arranca también en la Ilustración, y que es la referente al papel que juegan determinadas prácticas culturales de la sociedad, a favor o en contra del progreso, de la cultura reflexiva, de la mejora del ser humano y de la civilización entendida de una determinada manera.



TARDE DE TOROS EN LA PLAZA DE TOROS DE RONDA

Dentro de esta polémica, algunos sociólogos han definido un fenómeno sumamente interesante, sobre el que en realidad se está reflexionando de una forma muy seria, desde hace relativamente poco tiempo, que es el de la represión de la cultura popular. Hay una definición dada desde la elite, de qué es cultura y práctica cultural benéfica para la sociedad. A partir de ahí, se opone una incultura, que sería en aquel momento todo lo que era propio de las capas populares. El proceso de discusión es paralelo al surgimiento de las multitudes y la comunicación masiva, entre los siglos XIX y XX, con lo cual, la discusión originaria se hace extremadamente compleja.

Puede ser, en un determinado momento de la Historia, una discusión entre tradición e innovación, puede ser una discusión entre reflexión y carácter irreflexivo de ciertas prácticas sociales, y también puede adoptar otra gran cantidad de matices. Éste, es el segundo punto sobre el que quiero llamar la atención: la consideración sobre la discusión acerca de la fiesta de los toros, no como cultura en un sentido antropológico, (aunque evidentemente lo es, como sucede con cualquier otra cosa que se produzca en el seno de la sociedad como opuesto a la Naturaleza), sino su connotación positiva como forma de arte, y que debe estar inmersa en ese gran marco de discusión sobre los valores culturales, que hasta hoy no ha podido escapar del apriorismo ilustrado, el cual marcaba diferencias entre prácticas culturales muy diversas, y que hasta fechas muy recientes ignoró, homologando con la incultura propia de las clases populares, también todo aquello que iban produciendo las industrias de la comunicación masiva. El lugar de los toros desde ese punto de vista, sería el mismo del folletín, la zarzuela, la novela por entregas, y en alguna etapa determinada, el del cinematógrafo primero, y el del cine después.

El tercer elemento de discusión sería –entendiendo la fiesta de los toros desde la lidia a pie, como elemento integrante de la sociedad de las multitudes, y teniendo en cuenta que no se producen rupturas radicales en los procesos sociales– la consideración del toreo globalmente entendido, de su interpretación y vivencias por parte de sectores sociales muy diversos, como algo ante lo que se opone la elite ilustrada y liberal, de mi muy querida, apreciada y venerada Institución Libre de Enseñanza. En efecto, la tradición intelectual más exigente y progresista de la Historia de España tuvo una cierta ceguera en relación con los elementos de subversión,

a través de la apropiación que se da en torno a la fiesta de los toros.

A partir de esa figura, tan bien trazada, del surgimiento del torero que practica el toreo a pie, en el espacio donde antes el caballero mataba toros sin pisar el ruedo, y a partir de los nuevos héroes-antihéroes que en el siglo XIX se desarrollan en nuestro país, la figura del torero es indisociable con la del guerrillero, bandolero y contrabandista. Todos son una serie de personajes alternativos con los que se va creando una ética popular, que en realidad es una antiética, porque lo popular nunca puede ser ético. Por otra parte, lo que era propio de los clérigos o de las clases altas de la sociedad que participaban en la ceremonia religiosa, se ha convertido en la cultura española, a través de los fenómenos de apropiación, en fenómenos cuasi subversivos. La sangre de los toros es derramada por los toreros y apreciada por un segmento de la sociedad, que durante muchos años será absurdamente despreciado por la élite cultural; y a su vez, el humo de los altares será también hecho propio por el pueblo a través de la Semana Santa y de otros fenómenos, ante los que la élite ha sido tan ciega, que ha calificado como de religiosidad popular, cuando en absoluto tiene nada que ver con ello.

El propio Machado se equivocó, porque la sangre de los toros no connota necesariamente al señorito de casino, ni el incienso tiene por qué hacerlo a la religiosidad burguesa y aristocrática, sino que ambos fenómenos de apropiación, se han convertido en elementos subversivos, en los que ritos, espacios, relaciones e interpretaciones sacrificiales se democratizan anárquicamente.

Dicho esto, someto a su consideración algunas observaciones que se desprenden de lo anterior. Si aceptamos que el toreo a pie en los siglos XIX y XX, es indisociable a la cultura multitudinaria, y paralelo a la producción industrial de cultura, resultaría que no es el anacronismo que algunos han querido ver en él, (la pervivencia de lo bárbaro, del circo romano, etc.). Por el contrario, resulta ser un espectáculo que, aunque fuertemente vinculado a invariantes culturales que se dan en el entorno de la cultura española, forma parte de la cultura multitudinaria, y por lo tanto, es algo que se suma, como un síntoma más, al folletín, al cine, etc. Es también, un espectáculo que va en paralelo al desarrollo de los medios de comunicación. No puede separarse la tauromaquia y su desarrollo en nuestro país en estos dos siglos, de la comunicación entendida como

locomoción. El tren y las carreteras facilitan el enorme éxito del toreo, ya convertido en comercio e industria masiva en el siglo XX, fundamentalmente en torno a las figuras de Joselito y Juan Belmonte. Ambos pueden desplazarse con mayor rapidez, y crean la figura del torero que abarca toda la temporada. Juan Belmonte, en un momento determinado, sale a torear una corrida no habiendo dormido en cinco días. Por otra parte, es el público el otro beneficiado por esta circunstancia. Anteriormente, la red de carreteras estaba muy anticuada, y el ferrocarril era muy lento, por lo que la gente no podía ver las corridas porque le era muy difícil viajar por España. Se cuenta la anécdota de los sevillanos partidarios de Juan Belmonte, esperando en la puerta de la redacción de *El Liberal*, a que salieran los periódicos para leer los telegramas que reproducían, y así saber qué había pasado en la corrida.

También el auge de la fiesta de los toros se encuentra estrechamente relacionado con la comunicación como transmisión de mensajes y noticias a través de la prensa. Está perfectamente estudiado que en un momento de decaimiento de la Fiesta, el desarrollo de la prensa popular en España, así como el de la prensa taurina especializada, ayuda, junto con la rivalidad y brillo que en ese momento se producía en los ruedos, a que remonte el espectáculo taurino, y adquiriera ya sin vacilaciones la forma de espectáculo multitudinario que irá teniendo a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

La fiesta de los toros va ligada también con la comunicación como difusión y perdurabilidad de las imágenes: el grabado juega un papel extraordinario en la difusión de los toros, como posteriormente la fotografía y más tarde el cinematógrafo. Con ocasión de un libro que ultimo en estos días, se ve con mucha claridad que el cinematógrafo suple a la locomoción. Se hacen películas documentales sobre toros, para que el público que no pueda viajar, tenga la posibilidad de ver las faenas de los diestros. Se falsea la realidad creando corridas maravillosas en las que el capote, las banderillas, la muleta y la estocada, están tomados de faenas diferentes, construyéndose así la corrida perfecta, aunque sea incluso en plazas distintas.

Los toros serán también un elemento fundamental de inculturación del cinematógrafo en España, por ser un fenómeno absolutamente indisoluble a la cultura popular multitudinaria, cuando, en cada país, quienes tenían en sus manos un artefacto con el que no sabían qué hacer, (el cinematógrafo

era un invento sin futuro) buscan en su cultura propia elementos de inculturación que lo ligen al público. Estos elementos, van a ser hasta 1907, elementos de la cultura popular masiva y multitudinaria; de esa incultura condenada por la Academia, por la tradición ilustrada y por los liberales. El cinematógrafo en España se va a apropiarse de la zarzuela, de las variedades, del folletín, de la novela por entregas que le sucedió, y cómo no, de los toros. Se pretende así captar al público de menor nivel cultural, más plebeyo, porque es el único público al que puede dirigirse en ese momento, y a partir de 1896, empiezan a rodarse películas de toros de ficción y no-ficción.

Por último, la indisociable unión entre toros y comunicación masiva, por el ya apuntado proceso de democratización anárquica de la cultura, elevarán a su máxima potencialidad dicha democratización. Es por ello que el único espectáculo anterior al cinematógrafo que no ha sucumbido ante él, ha sido la fiesta de los toros. En cambio, sí sucumbió el teatro, que se ha convertido en un arte artificial, subvencionado, y que si no contara con el auxilio del dinero público no podría sobrevivir, puesto que suscita un muy moderado interés social; sucumbieron también las variedades, la ejecución de la música en directo, la ópera, y en definitiva, todas las formas de representación anteriores al cinematógrafo, sobre todo en su capacidad de generar interés social.

Termino con una invitación: en lugar de justificar los toros a partir de la cultura, lo cual, insisto, podría ser lo mismo que legitimar las relaciones sadomasoquistas, a partir de las que mantuvieron dos grandes elementos de la cultura como Lorca y Dalí, invitaría a preguntarnos por el gran olvidado de la historia de la cinematografía, de la literatura, y de todas las historias, que es el espectador. Planteémonos qué hay en la fiesta de los toros que la ha hecho perdurar, a diferencia del resto de espectáculos contemporáneos a ella, con plenitud de sentido social, de incidencia popular, y también qué es lo que la dota de sentido aún en 1999. Probablemente, lo que apunta Machado en ese último texto brillantísimo de *Juan de Mairena*: la percepción de que ahí está sucediendo algo que nos afecta íntima, profunda y personalmente.